

Editorial

El Altiplano allá arriba en la cordillera

Alberto Díaz Araya¹

A mediados del siglo XX, el geógrafo chileno Humberto Fuenzalida apuntó en sus escritos que el altiplano se caracterizaba por presentar un relieve predominantemente llano, sobre los 3800 msnm, con un volcanismo fisural en el que sobresalen imponentes macizos volcánicos. En estas alturas, las condiciones climáticas corresponden a las propias de un desierto marginal, influido por lluvias estivales originadas a partir de la acción ejercida por el “monzón sudamericano” y por el fenómeno de convección térmica que sufren las masas de aire en la estación de verano (Fuenzalida, 1965; Rodríguez, Tapia y Albornoz, 2014).

En los paisajes de la puna, apuntaba, debido a las precipitaciones estivales, se ha desarrollado un tapiz vegetal más denso con plantas pequeñas y generalmente acojinadas, las que, en conjunción con un ambiente salino, provocan condiciones ecosistémicas frágiles como lo constituyen los bofedales y las yaretas (BCN, 2021; Tapia 2017).

Como complemento a la descripción del anfiteatro andino, sabemos que el altiplano no es un territorio vacío o un espacio solo de tránsito de bienes suntuarios o productos tradicionales por la alta la cordillera. También el altiplano ha sido un espacio dinámico que ha caracterizado a los ciclos económicos fundamentales para el Perú, Bolivia, Noroeste argentino y el Norte Grande de Chile. Las economías regionales y/o nacionales, tanto ayer como hoy, no podrían comprenderse en toda su magnitud sin los flujos que utilizaron al altiplano como una plataforma pivotal. Plataforma que a su vez establece nexos regionales entre los diversos pisos ecológicos que integran sistemas políticos y económicos en los cuales se articulan los pueblos originarios *aymaras*, *quechuas* y *chipayas*.

Durante milenios, este territorio ha sido el hábitat de mujeres y hombres que han dinamizado sus formas de vida, construyendo un complejo paisaje cultural con atributos y significados como parte de sus identidades a lo largo del devenir. En aquellas alturas, existe una íntima relación entre las comunidades humanas y su territorio. En estos parajes, el territorio es entendido como un espacio dinamizado por comunidades que en él interactúan, sintetizando un compendio de relaciones sociopolíticas y/o culturales que, cada una en su momento, han modificado las ecologías con fines productivos o religiosos, sacralizando el paisaje andino. En ese escenario del Norte Grande chileno, aún circulan los inagotables ecos de los diálogos entre la naturaleza y el ser humano que ha habitado la zona desde hace más de diez mil años, existiendo un vínculo íntimo con la tierra *pachamama* y profundos conocimientos respecto de su medio ambiente; entorno donde complejizaron con ritos, una cosmovisión de la vida más allá de la muerte.

¹ Depto. Cs. Históricas y Geográficas, Universidad de Tarapacá. Proyecto Fondecyt N° 1221368.

En aquella geografía del inhóspito desierto, las comunidades andinas mucho antes de la invasión hispana, construyeron asentamientos, aldeas y *pukaras*; y una compleja red sistemas de regadíos y senderos que interconectaron las lejanas tierras de la puna con las profundas quebradas y la pampa del Tamarugal, entre identidades y símbolos desplegados por todo el paisaje, bajo los principios del *ayni* y la *mita*, la reciprocidad, redistribución y complementariedad entre ecologías andinas multiétnicas (Álvarez 2014; Díaz, Martínez y Ponce 2014).

Sabemos que en la cosmovisión andina, los cerros *mallkus* emergen en el paisaje como estimulantes de la memoria social, que se actualiza en la toponimia comunitaria. Los cerros, zonas de cultivo o pastoreo, bofedales o vertientes, poseen fuerzas antinómicas que están en permanente relación con la sociedad humana y, por eso, se le deben ofrecer diversos dones como reciprocidad (Galdames, Choque y Díaz 2016). Asimismo, por centurias se ha modelado el paisaje con fines socioculturales, siendo, por ejemplo, la acumulación de piedras como las *apachetas*, gravitante para la práctica identitaria, ritual y espacial, al constituirse como geosímbolos asociados a territorialidades étnicas, determinando así los deslindes de los *ayllus* o transformándose en montículos referentes de los espacios liminales para el desarrollo de cultos a antiguas deidades andinas, junto a sus ofrendas y libaciones rituales (Galdames, Choque y Díaz 2016; Galdames y Díaz 2015).

En un período como el actual, con el fenómeno del cambio climático, el impacto del extractivismo de la gran minería anclada en tierras indígenas, los conflictos diplomáticos, la migración, entre otras, han afectado los sistemas naturales al alterarse no sólo la base biofísica altiplánica, sino que a su vez, con repercusiones directas a los pueblos originarios, sus sistemas tradicionales de vida, sus saberes y su cosmovisión arraigada en el paisaje del andino (Tapia 2017).

El objetivo de este *monográfico* inserto en la presente edición de la revista Norte Grande radica en problematizar, desde una perspectiva multidisciplinaria y desde el territorio nortino, el estudio del altiplano chileno como un fenómeno político, económico y étnico, con un énfasis en el análisis geográfico, etnohistórico y antropológico de las comunidades indígenas enfrentadas a fenómenos de cambio climático, coyuntura transfronteriza, procesos coloniales y republicanos, mercados regionales, etc.

Puntualizando, los investigadores Oliver Meseguer, Manuel Prieto y Kasandra González presentan un estudio a partir de datos de precipitaciones, temperaturas y de entrevistas sobre el comportamiento climático/meteorológico que vaticinaban las poblaciones de Putre y Caquena, tal como lo exponen en el artículo "*Conocimiento ecológico tradicional en el Altiplano chileno: entre la variabilidad climática y la percepción local*", relevando indicadores naturales que permiten adelantar a los comuneros con una determinada confianza el carácter húmedo o seco, o frío o cálido de una estación venidera. En el mismo tenor, Carlos Mondaca y Alberto Díaz presentan el texto denominado "*Vaticinios de eventos climáticos en comunidades aymaras en los Andes del norte de Chile*". A partir del estudio de datos trabajados durante extensas jornadas en los pueblos precordilleranos y altiplánicos de las regiones de Arica y Parinacota y Tarapacá, se analizan los indicadores predictivos del clima, el proceso de planificación agrícola y su relación con la geografía andina. Arguyen que entre los vaticinios la observación de los fenómenos estelares es un rasgo cultural que se ha visto en franca desaparición; no así la observación de los fenómenos climáticos, de la flora y la fauna, que aun poseen vigor entre las comunidades andinas del desierto

chileno. Indistintamente, la predicción del clima se constituye como un conocimiento con prácticas asociadas a la planificación del año agrícola y a ceremonias vinculantes.

Con una trayectoria de varias décadas de trabajo en el altiplano, los autores Hans Gundermann y Héctor González presentan el artículo *“La formación colonial de la comunidad de Isluga”*, poblado insigne entre los estudios andinos del Norte Grande. Al respecto, describen las características que presenta el proceso de su formación histórica y su estrecha relación con las políticas de dominación colonial, desde su condición inicial de anexo pastoril hasta su conformación como un común de indios, donde se sientan las bases del ordenamiento social. La información proviene de documentación presente en archivos o mantenida por los mismos comuneros altiplánicos hasta la actualidad. En el artículo *“La propiedad de la tierra entre los Aymara del altiplano chileno, 1880-2020”*, profundizan aspectos en torno al proceso de constitución de la propiedad indígena andina, centrándose en la comunidad de tierras, cuyo dominio fue el que se inscribió en el marco del sistema legal chileno. Se trata de un estudio sobre las particularidades de la propiedad en el espacio altiplánico, reseñando su desarrollo desde el punto de vista de sus consecuencias legales y culturales. En el campo de la territorialidad de los pueblos originarios alto andinos, Alberto Díaz examina en el manuscrito *“Guallatire y el etnoterritorio del altiplano. Norte de Chile”* los elementos y rasgos distintivos de la etnoterritorialidad como parte de un estudio de caso en Guallatire, confrontando relatos, documentos archivísticos y reportes etnográficos bajo una perspectiva local, nortina e interdisciplinaria.

Los investigadores Rodrigo Ruz y Marisol Palma presentan el artículo *“La estación experimental de auquénidos y animales de pieles finas de Misitune. Experiencia modernizadora en el altiplano ariqueño dentro del paradigma del desarrollo (1960-1965)”*, en el cual exponen el contexto de la Estación Experimental de Auquénidos y Pieles Finas situada en la estancia ganadera de Misitune, como referente temprano para abordar el desarrollo de comunidades indígenas de la región fronteriza chilena. Estudian su vínculo con el paradigma desarrollista impulsado por acción de la Junta de Adelanto de Arica a mediados del siglo XX en coordinación con organismos extranjeros que promovieron la implementación de un probable modelo de desarrollo sustentable en el área. La profesora Ana María Carrasco analiza en su artículo titulado *“Violencia de género en el matrimonio. Antecedentes históricos judiciales para comprender las relaciones de poder entre los aymaras del altiplano chileno”*, las relaciones de género, dentro del matrimonio, entre los aymaras del altiplano del Norte de Chile, a través del develamiento de prácticas de violencia marital, presentes en estas comunidades y denunciadas en los distintos Juzgados locales que operaron en los sectores cordilleranos, durante el período de implantación y ejercicio del sistema de administración territorial chileno.

El historiador Sergio González aborda la figura del cargo político-administrativo de los jueces de paz, quienes fueron la expresión del poder local durante parte del siglo XIX. La discusión *in extenso* se encuentra en su escrito *“La persistencia de la “aristocracia indígena” de Tarapacá. Salitros y jueces de Paz de origen indígena en la industria del salitre (1854 y 1874)”*, donde evalúa si las elites provinciales se adaptaron a dichos cambios y, en particular, la elite indígena, especialmente aquella que favorecida por la institución del cacicazgo había alcanzado importantes posiciones de poder. Se conjetura que hubo una persistencia de dichas elites entre 1854, año de la abolición del tributo indígena y la instalación de las primeras máquinas salitreras de vapor, y 1874, año previo a la expropiación de la industria del salitre.

En este *monográfico*, hemos considerado relevar las voces de investigadores relevantes para el estudio del altiplano andino, considerando elementos de las cosmovisiones de las comunidades indígenas, sus idiomas como los derroteros del conocimiento en torno al paisaje desde épocas precolombinas. En tal sentido, Paula Martínez y Felipe Hasler en el texto *“Pacha: Donde el tiempo se hace espacio. Uso y concepción del espacio, toponimia y experiencia interdisciplinaria”*, entrevistaron a los destacados investigadores Verónica Cereceda, Rodolfo Cerrón Palomino y Axel E. Nielsen sobre el espacio y sus denominaciones en el mundo andino. De la misma manera, Pablo Aravena entrevistó al reconocido arqueólogo nortino Lautaro Núñez, cuyo testimonio se expone en el manuscrito *“Estratos del pasado en el desierto de Atacama”*, dando cuenta de la variedad de intereses a los que se ha dedicado, propiciando una profundización de los problemas que más lo han movido a la reflexión sobre su quehacer y en particular sobre su propio oficio en el sentido más amplio: como alguien dedicado a indagar en el pasado. En este sentido propone una estructura de cuatro estratos temporales que lo han ocupado en distintos momentos de su trayectoria, cuyas referencias cruzadas y relaciones van configurando el sentido del estudio del pasado del desierto de Atacama.

En este escenario que reconocemos como el altiplano chileno, la memoria se ha entretejido con la geografía, lugar donde el paisaje fue articulado como un texto o contenedor de relatos y costumbres milenarias, siguiendo los planteamientos del profesor Luís Briones Morales, quien partió durante el desarrollo de este *monográfico* por la ruta hacia los *apus*, cerros de la puna donde residen los espíritus de los ancestros. En dichos parajes andinos aún es posible ver acumulaciones de piedras localizadas entre senderos y lugares definidos como sagrados, reconocibles en una territorialidad indígena con múltiples significados que ciertamente desconocemos.

Bibliografía

ÁLVAREZ, L. Etnopercepción andina: valles dulces y valles salados en la vertiente occidental de los Andes. *Diálogo Andino*, 2014, N° 44, p. 5-14.

BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL DE CHILE. (15 de agosto de 2021). *Clima y Vegetación Región Arica y Parinacota*. Chile Nuestro País.

DÍAZ A., A.; MARTÍNEZ S., P. Y PONCE, C. Cofradías de Arica y Tarapacá en los siglos XVIII y XIX. *Indígenas andinos, sistema de cargos religiosos y festividades*. *Revista de Indias*, 2014, Vol. 74, N°260, p. 101-128.

FUENZALIDA, H. CLIMA. CORFO (1965) *Geografía Económica de Chile*. Texto refundido, Corporación de Fomento de la Producción, Santiago de Chile, 1965 p. 99-152.

GALDAMES, L.; CHOQUE, C. Y DÍAZ, A. De apachetas a cruces de mayo: identidades, territorialidad y memorias en los Altos de Arica, Chile. *Interciencia*, 2016, Vol. 41, N°8, p. 526-533.

GALDAMES, L. Y A., DÍAZ. Piedra en la piedra, ¿el hombre dónde estuvo? Percepción y significado de la piedra en la geografía sagrada de las sociedades andinas. *Runa*, 2015, Vol. 36, N°2, p. 5-23.

RODRÍGUEZ, A. TAPIA, A. Y ALBORNOZ, C. Susceptibilidad de movimientos en masa en el valle de Socoroma, precordillera andina de Arica y Parinacota. *Diálogo Andino*, 2014, n° 44, p. 25-39.

TAPIA, A. El diálogo entre cultura y naturaleza como estrategia para la adaptación al cambio y variabilidad climática en el altiplano del norte chileno. *Diálogo Andino*, 2017, n° 54, p.3-5.

